

## CARTA Y CUENTO

Reus y 23 de mayo de 2010

Mi querido don Juan, Juanito, López-Carrillo:

Cómo me cuesta escribir por encargo, cómo me cuesta escribir. Como en otro orden de las cosas, entrenar cada día, hacer ejercicio a diario, trabajar, al cabo, facilita la genialidad. En mi caso, un vago distraído en otros menesteres, tan sólo puedo echar mano del corazón y si no hiciera un buen texto al menos estoy seguro de su sinceridad, bondad y autenticidad. Tú sabes que es así, tú que siempre me invitas a escribir aquella gran novela de Reus, que hace muchos años ya, te tengo prometida.

Juanito, amigo, te escribo estas palabras después de putearte la siesta del domingo, siempre he sido un poco cabronzuelo, o travieso simplemente, después de llamarte por teléfono para comunicarte que he estado leyendo tu libro de poesía *Gracias a mi vida*, parcialmente inédito desde hace diez años, parcialmente editado bajo el título *Los muertos no van al cine*. Encontré ese libro entre el espacio que en mi biblioteca reservo para los libros de mis amigos y mis papeles, la mayoría ya amarillentos. Buscaba un cuento mío, editado en 1986 por Rotoarco —Pliegos II—, que ahora reescribo para ti: «Esteban Boj, percusionista». Quería estar seguro de ofrecerte hoy algo bueno, lo mejor que pueda darte hoy mismo. Y para no improvisar he buscado un cuento que considero bueno y bien escrito. He cambiado la parte final porque nunca me había acabado de convencer y porque lo adapto al regalo que te hago hoy en la celebración de tu cincuenta aniversario. Así, ese relato que, en su día ya escribí parcialmente pensando en ti y tú sabrás porqué, ya nos une para siempre en la literatura, la gran razón, aunque no la única, de nuestra larga y fuerte e íntima amistad.

Un beso fraterno, ósculo de amistad, que diría el maestro.

### **Esteban Boj, percusionista**

Tras el almendro en flor, el paisaje empieza a reverdecer y las abuelas:

—Abu quiero un chupachup

vuelven a la escuela a por sus nietos. Recuento estampas tiernas, recuerdo a Esteban, al chaval que había sido, que fue, que un día subió al púlpito, leyó un

fragmento de la biblia

—Palabra de Dios

y sintió —dijo— que los de enfrente, los de abajo, eran auditorio, no feligreses.

En la escuela, riguroso orden del alfabeto, todos habíamos leído alguna vez en misa: lecturas bíblicas, preces y otras intervenciones que, desde las proximidades del altar, permitía la letra grande, la letra menuda del último concilio; casi todo, casi siempre en lengua vernácula, que, por aquel entonces, era la que mejor entendíamos los niños de las escuelas cristianas. Pero nunca ninguno de nosotros había leído en público, que se supiera, y cosas así en nuestro colegio se sabían: ganabas simpatías y te daban sobresaliente en formación religiosa, sin mayor esfuerzo; sobresaliente que, a los más, nos evitaba cachetes y riñas de los padres por aquel suspenso en matemáticas que acompañó con fidelidad nuestra biografía, la cartilla de nuestros cursos básicos y medios. Otros, los que al salir de clase iban a música, que no jugaban a fútbol, que no les gustaba el fútbol, acompasaban nuestros cánticos, ni muy devotos ni muy afinados, con el órgano, las guitarras, un acordeón y tres o cuatro flautas. Ya por aquel entonces Esteban quería tocar el triángulo en ese extraño conjunto musical, pero tanto don Ramón, el cura, como el hermano Jaime, nuestro prefecto, le disuadieron con razones que, seguramente, la inocencia y buena voluntad de Esteban niño, joven adolescente, no podían comprender. Él no iba a música, no sabía solfeo.

A Esteban, esta es la verdad, nunca le habían ido muy bien las cosas en la escuela. En los concursos atléticos, por ejemplo, siempre participó en modalidades que nadie quería para sí. Normalmente quedaba último pero lo importante era participar, decían unos, y el entrenador se felicitaba porque conseguía un punto para el equipo, muchas veces dos porque alguien no podía con los dos mil metros y se retiraba. Esteban se partía el pecho, el alma, llegaba a la meta con casi una vuelta o vuelta entera de retraso, pero llegaba con su punto, dos puntos que sumados a los de sus compañeros hacían albergar serias esperanzas, razonada posibilidad de disputarles la primera posición del campeonato a los de la Universidad Laboral. Todo quedaba en espera del relevo cuatro por cien. Entonces, Esteban animaba a su equipo, palmas eran humo, y regresaba con lágrimas en su rostro del estadio a casa por las calles más estrechas, más solitarias. Antes de llamar al timbre se prometía que el próximo sábado cogería tres puntos al menos. Doña Julia, al abrir, pregunta si está cansado:

—Sí —contesta Esteban.

Deja las ropas de deporte en un cesto. Se sienta a la mesa.

—Nosotros nos vamos al chalet —dice doña Julia.

Come, escucha el noticiario, descansa, echado en el sofá, y mira, sin demasiado interés —contaba—, la película de la tarde. A las seis saldrá a dar una vuelta con algunos compañeros de su curso y un grupo de chicas de las dominicas. Con ellas no hablábamos de nuestras mañanas deportivas. Eso a las chicas les aburre. Reíamos, simplemente, cuando nos descubríamos los motes de algunos profesores:

—A esa la llamamos la «mula».

—¡Sor mula!, ja, ja, ja —reíamos— Nosotros al de historia... «labios».

—Ji, ji, ji —reían.

Esteban y sus compañeros de curso se reían toda la tarde de los labios de su profesor de historia y preparaban amistad, simpatía, encuentros para el guateque campestre de final de curso. Esteban Boj, durante la temporada veraniega, será el percusionista de una orquesta de ritmos caribeños que prodigará sus actuaciones en los clubes nocturnos de la Costa Blanca. Es consciente de que acierta con el ritmo y la armonía de su carraca, de que golpea el triángulo con precisión y obtiene en el estallido un sonido nítido, límpido, muy sonoro, agudo, agradable. Esteban Boj, hoy por hoy, toca la carraca, el triángulo, el tambor; le dejan y le pagan. Le darán, parece, un sueldo respetable. Esteban Boj, pienso, siempre respeta sus sueldos y, de vez en cuando, dice, tiene una mujer que llevarse a la cama.

Tiempo atrás, sentados en un banco a la sombra, vigilábamos a mis chicos.

—No perdona la nostalgia que nos consagra en la madurez, no perdona la realidad que nos asusta, nos diluye —recordaba Esteban Boj, recuerdo también ahora cuando, tras el almendro en flor, el paisaje empieza a reverdecer y las abuelas vuelven a la escuela a por sus nietos.

—Bebamos, Juanito, este buen vino de viñas viejas. La expresión de la piedra en las cepas, la verdad del sol y la noche concentrada en un racimo.